

E. VALENZUELA O.

# COMEDIAS PARA NIÑOS



"Una aventura de Manuel Rodriguez"  
"La epopeya de Iquique"

# “Librería Tornero”

Éx-Librería del Mercurio -:- Fundada en 1845

Calle Ahumada, 355 - Teléfono 144 - Casilla 1425

**SANTIAGO**

---

Surtido completo de todos los útiles, cuadernos y textos para colegiales

**a precios bajísimos**

Gran variedad de lapiceros fuente, tinteros de bolsillo, cajitas de pintura acuaréla, etc., etc.

**LECTURA EN FRANCES PARA NIÑOS**

(Les livres roses)

100 títulos nuevos a 25 centavos cada uno.

---

---

## La Librería y Casa Editorial

# “MINERVA”

AHUMADA, 39 Y 43 — TELEFONO 300

tiene la exclusividad de la venta de casi todos los textos escolares.

En esta Casa encuentra Ud. las colecciones mas completas de OBRAS TEATRALES para niños

**PIDA CATÁLOGOS Y DATOS A**

M. Guzmán Maturana.

Santiago, Casilla 1419.

EDUARDO VALENZUELA OLIVOS

UNA AVENTURA

36027  
— — — — —  
— — — — —

DE MANUEL RODRIGUEZ

COMEDIA PARA NIÑOS

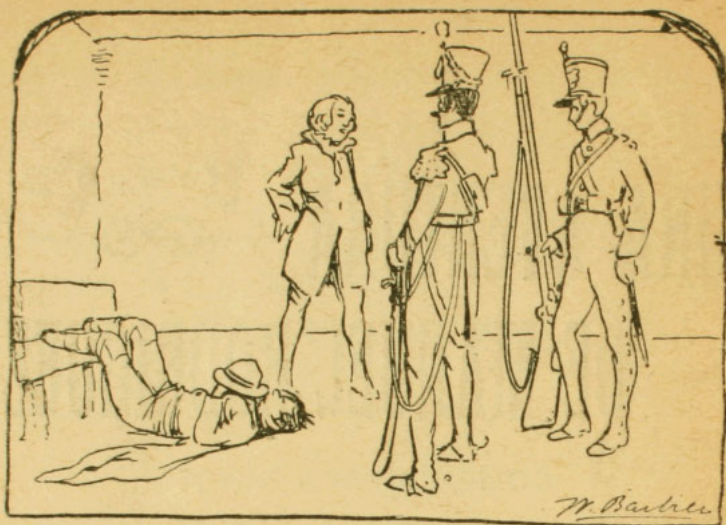


645100

==== SANTIAGO DE CHILE ====  
IMPRESA I ENC. "LA ECONOMIA"  
==== San Pablo, 1429 ====

—  
1918


# UNA AVENTURA DE MANUEL RODRÍGUEZ



## PERSONAJES

MANUEL RODRÍGUEZ .  
JUEZ DE CAMPAÑA  
ÑO PEDRO  
OFICIAL ESPAÑOL  
SARJENTO  
SOLDADO 1.º  
SOLDADO 2.º





## ESCENA PRIMERA

### JUEZ Y ÑO PEDRO

JUEZ. — Que vigiles es preciso,  
porque en verdad tengo miedo  
que a la persona que hospedo  
sorprendan...

PEDRO. — Le daré aviso  
si veo acercarse un bulto  
que traiga mala intención.

JUEZ. — Amigo es, de corazón,  
el que con afán oculto.  
Mucho me inquieta su suerte,  
pues cifra tenaz porfía  
en desafiar noche y día  
a la prisión y a la muerte.

PEDRO. — Es tan bien revalientazo  
Ño Manuel...

JUEZ. — Grande es su arrojo.

PEDRO. — Yo estaré bien vivo el ojo  
pa que no caiga en un lazo.  
Continás que lo aprecoo  
por su graciosa diablura.  
A veces se me figura  
que de Curita lo veo,  
y me entra ataque de risa

al pensar que pueda él  
hacer tan bien su papel.

JUEZ. — Bueno. Basta. Date prisa,  
que si empiezas a charlar  
no harás nunca tu labor.

PEDRO. — Si es que me gusta, señor,  
de On Manuel platicar.

JUEZ. — Otra cosa; si alguien trata  
de averiguar, dirás que  
nada sabes.

PEDRO. — Su mercé:  
Seré mío como estuata.

(Se va Pedro).

---

## ESCENA SEGUNDA

JUEZ Y RODRÍGUEZ

RODRÍG. — ¿Se puede pasar, Usía?

JUEZ. — No hay para qué preguntarlo.

RODRÍG. — Bien podía suceder  
te hallaras en tu juzgado,  
dando audiencia a *alguna dama...*  
y habría sido en tal caso  
importuna u. i. presencia .

JUEZ. — Nunca pisan mis estrados  
damas de elevada alcurnia,  
sino gente pobre, huasos  
que pelean por las siembras  
o el límite de sus campos.

RODRÍG.—Si lo decía por broma.

JUEZ. — Asiento. ¿Tienes cigarros?

RODRÍG.—Te voy a dar uno de hoja.  
pero fina, con tabaco  
legítimo de la Habana,  
que he comprado en el Estanco.

JUEZ. — Lo acepto reconocido.

(*se sientan.*)

¿Y qué tal, cómo está el ánimo?

RODRÍG.—Firme siempre.

JUEZ.— ¿Piensas mucho?

RODRÍG.—Siempre estoy preocupado  
de numerosos asuntos,  
cuya suerte está en mis manos.

JUEZ. — Se cuentan muchas hazañas  
de tu arrojo temerario.

En verdad se necesita  
tener inmenso amor patrio  
y un caracter especial  
para burlarse de tantos  
peligros, como sin duda  
te saldrán a cada paso.

RODRÍG.—Es que domino mis nervios,  
y en un minuto me adapto  
a cualquiera situación.

JUEZ. — ¿Atravesar has logrado  
la cordillera?

RODRÍG.— Tres veces.

JUEZ. — ¿Es posible?

RODRÍG.— Sí; burlando

la extremada vigilancia  
de patrullas y resguardos.

Una vez casi me pillan  
y descubren...

JUEZ. — Cuenta el caso.

RODRÍG.—Había ya recorrido,  
tal como hoy hago, los campos,  
distribuyendo proclamas  
a todos los hacendados,  
incitando a la revuelta  
y exaltando su entusiasmo,  
y a Mendoza dirigía  
tranquilamente mis pasos,  
cuando me vi detenido  
por un piquete, apostado  
en un estrecho boquete  
de los Andes.

Pensé rápido  
que la fuga era imposible.  
Precipicios y barrancos  
me rodeaban; el sendero  
era angosto, recto, largo.  
Detenerme era dar margen  
a sospechas.

JUEZ. — Era claro.

RODRÍG.—Pero el disfraz me salvó,  
pues al mirar mis harapos  
el oficial no dudó  
de que yo era un peon del campo.

A largo interrogatorio  
me sometió, pero en vano  
que yo a todas sus preguntas  
contesté con desenfado.

JUEZ. — ¿Después libertad te dió?



RODRÍG.—Quiá. Nó, mi amigo. Observando que yo llevaba herramientas, me reunio a los soldados y a componer el camino me destinó.

JUEZ.— Cielo santo.  
Que apuro el tuyo.

RODRÍG.— En efecto.  
Sin poder mostrar cansancio, dos días consecutivos pasé en la faena, y tanto fué el empeño y la destreza que desplegué en mi trabajo, que sin el menor recelo en libertad me dejaron.

JUEZ.— ¿No ves a lo que te expones, mi buen Rodriguez?

RODRÍG.— En cambio otras veces me divierto, y más cuando me disfrazo de leguito de un convento pidiendo limosna...

JUEZ.— ¿El diablo vendiendo cruces...?

RODRÍG.— No embromes.  
Como bien. Un lecho blando me brindan en todas partes; y con un gesto de santo, mis bendiciones prodigo o medallitas reparto.

Otras veces soy minero; otras, humilde criado, y no faltan ocasiones

en que recorro los campos,  
de mercachifle ambulante,  
y les vendo a los soldados  
encargados de prenderme,  
mil artículos baratos.

JUEZ. — Siempre estrujando el magín,  
y el peligro desafiando...

RODRÍG. — Una vez, de calesero,  
me disfracé. Cuatro rasgos  
sobre mi rostro me dieron  
un aspecto de lacayo.  
Luego una actitud sumisa,  
el cuerpo formando un arco,  
tuve el honor de encontrarme  
en la puerta del Palacio  
de Gobierno, y allí abrir  
con ademán estudiado,  
la puerta de su calesa,  
al gran Mariscal de Campo,  
Superior Gobernador,  
Benemérito en el Grado  
más heroico; el Caballero  
de la orden de Santiago,  
y de San Hermenegildo,  
el insigne afeminado  
Don Francisco Casimiro  
Marcó del Pont ..

JUEZ. — De insensatos  
es propio sólo tal gesto.

RODRÍG. — Quise de cerca observarlo:  
La cabeza llena de humo;  
el uniforme bordado  
profusamente, luciendo  
medallas, cruces, cintajos

Verdadero figurín,  
hueco, fofo y perfumado...

JUEZ. — Por favor, hombre. Silencio...  
No hagas tales comentarios,  
que oídos tienen las paredes,...  
y hay que ser prudente.

RODRÍG

—Acato

tu consejo, buen amigo.

Tendremos que conformarnos.  
Pero ya llegará el día  
en que se pueda hablar alto,  
porque mi patria adorada  
no tendrá extranjeros amos.

Ver a Chile independiente...  
Ese es mi sueño dorado.  
Por él arrostro peligros,  
y mil privaciones paso;  
organizo montoneras,  
los espíritus levanto,  
y consigo mi objetivo  
de crear imaginarios  
enemigos por doquiera.

Así a los realistas canso;  
así coopero al plan  
de San Martín y sus bravos.  
¿Con que mi cabeza a precio...?  
No la tendrán los bellacos...

---

### ESCENA TERCERA

DICHOS Y ÑO PEDRO

PEDRO.—Don Manuel, támos fregaos,

RODRÍG.—(*Riéndose y palmoteándole el hombro*).

¿Qué dice ese huaso viejo?

PEDRO.—Que está frito su pellejo,  
porque ei vienen los soldaos.

JUEZ. — (*Asustado*). ¿Qué dices, hombre de Dios?

PEDRO.—La purita, se lo juro.  
(*A Rodríguez*) Póngase luego a seguro.

JUEZ. — Esto me da un susto atroz.

RODRÍG.—Calma, hombre. Te intranquilizas  
demasiado y no conviene.

JUEZ. — (*A Pedro*). Asómate a ver si viene  
el piquete y nos avisas.

---

## ESCENA CUARTA

### DICHOS, MENOS PEDRO

RODRÍG.—Puede que pase de largo.

JUEZ. — Imposible. Tengo un susto...

RODRÍG.—¿Me quieren dar un disgusto?  
Pues de burlarlos me encargo...

JUEZ. — ¿Pero qué piensas hacer?

RODRÍG.—Ya la fuga es imposible.  
Quisiera hacerme invisible,  
pero eso no puede ser.

JUEZ. — Mi cerebro no imagina  
como poder ayudarte.

RODRÍG.—Escondiéndome.

JUEZ. — ¿En qué parte?

RODRÍG.—Aquí, en tu propia oficina.

JUEZ. — ¿Estás loco?...

RODRÍG.—(*Tendiéndose rápidamente y colocando sus pies en las aberturas del cepo*).

Aquí me trepo.

Sométeme a la tortura,  
y díles que una aventura  
me ha conducido hasta el cepo;  
que soy un aventurero,  
de doncellas burlador,  
que a mil he jurado amor,  
que soy mozo pependenciero,  
bravucón y espadachín...

JUEZ. — Haré como tú lo ordenes...

RODRÍG.—Y que en castigo me tienes  
por lo que inventes, en fin...  
Nada de contemplaciones.  
Apriétame con rigor.  
Ahora, calma, por favor...  
que se acercan los sayones...

---

## ESCENA QUINTA

DICHOS, ÑO PEDRO, seguido del OFICIAL  
SARGENTO Y DOS SOLDADOS

OFICIAL.—Este huaso es como todos:  
embustero, zorro, lince.  
Dice que no sabe nada.  
Preciso es que se le apliquen  
cien azotes. Cantará  
donde está Manuel Rodríguez.

PEDRO.—Cantar? Si no tengo voz.

SARGE.—Claro, la voz se le extingue.

JUEZ. — Señor Oficial, perdone;  
yo soy aquí quien dirime  
las cuestiones judiciales.

OFICIAL.—¿Juez de campaña?

JUEZ. —Que pide  
a tan valiente oficial  
que su cólera mitigue.

SARGE.—Buscamos a ese insurgente.

SOL. 1.º—Nadie donde está, nos dice.

SOL. 2.º—Queremos ganar el premio  
que el Gobierno da a quien pille  
a ese pájaro.

SARGE. —Mil pesos.  
Suma muy apetecible.

SOL, 1.º —Con su cabeza nos basta.

OFICIAL.—Y nada hay que nos irrite  
tanto como lo infructuoso  
de nuestros duros tragines.

En balde quemamos ranchos  
y azotamos infelices,  
para hacer un escarmiento.  
Ningún huaso se comide  
a revelarnos por paga  
o por terror su escondite.

JUEZ. — Yo deseo con ahinco,  
como ustedes, que termine  
esta situación molesta  
y al pícaro se castigue.

En mis funciones de juez  
severo soy e inflexible.  
A cuantos vienen aquí,  
que declaren se les pide  
si tienen noticia alguna  
de ese truhan de Rodríguez,  
pero el resultado es nulo.  
Dar con él, es imposible.

OFICIAL.—¿Y ese hombre que está en el cepo,  
por qué está allí?

SARGE. —¿Habrá un crimen  
cometido?

SOL. 1.º— De seguro.

JUEZ. — Es tenorio que delinque,  
que de inocentes abusa  
y de los padres se ríe.  
Ha hecho mil pilatunadas  
con un desplante increíble.  
Proceso voluminoso  
es el que aquí se le sigue.

SARGE.—Pero esos no son delitos,  
sino méritos.

JUEZ. — (*Asombrado.*) Qué dice?

OFICIAL.—Que no merece castigo  
quien divirtiéndose vive,  
entre aventuras de amor  
y entre peligros sin límites.

SOL. 1.º—Dice bien nuestro oficial.

SOL. 2.º—Debe dejársele libre.

JUEZ. — ¿Y el proceso?

OFICIAL. — Qué proceso  
ni niño muerto! Usted dicte  
la sentencia absolutoria  
como mis soldados piden.

JUEZ. — Eso es torcer la justicia  
y amparar actos punibles.

OFICIAL. — No discuta el señor juez,  
y haga como se le dice.

JUEZ. — Está bien.

*(Acercándose a su escritorio toma un le-  
gajo de papeles, y después de escribir algu-  
nas líneas, estampa su firma.)*

—El reo Pérez  
ya lo sabe: queda libre.  
Sácalo, Pedro, del cepo.

*(Pedro saca del cepo a Rodríguez.)*

PEDRO. — Muy bien, señor juez.

RODRÍG. — Horrible  
era el rigor de este juez.

SARGE. — Queda absuelto de su crimen

RODRÍG. — Muchas gracias.

OFICIAL. — Mozo joven.  
Ya lo sabe: si delinque  
por análogo motivo,  
su actuación no es reprobable.

Ahora, vamos soldados,  
en pos de Manuel Rodríguez.  
ese bribón de insurgente.



Mil pesos al que lo pille.

*(Despidiéndose del juez.)*

— Señor juez, hasta otro día.  
Quede con Dios.

JUEZ. — Que El lo guíe.

*(Se va el oficial seguido del sargento y de los dos soldados.)*

JUEZ. -- *(Después de una pequeña pausa.)*  
— Ya se fueron.

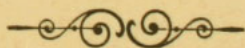
PEDRO. — *(Asomado a la puerta.)*  
— Ya se alejan.

RODRÍG. — *(Tomando su sombrero y disponiéndose a huir por el lado contrario por donde han salido los soldados.)*

— En salvo estoy.  
Viva Chile!...

*(Se va corriendo.)*

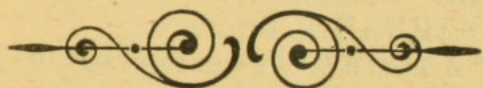
(CAE EL TELÓN)



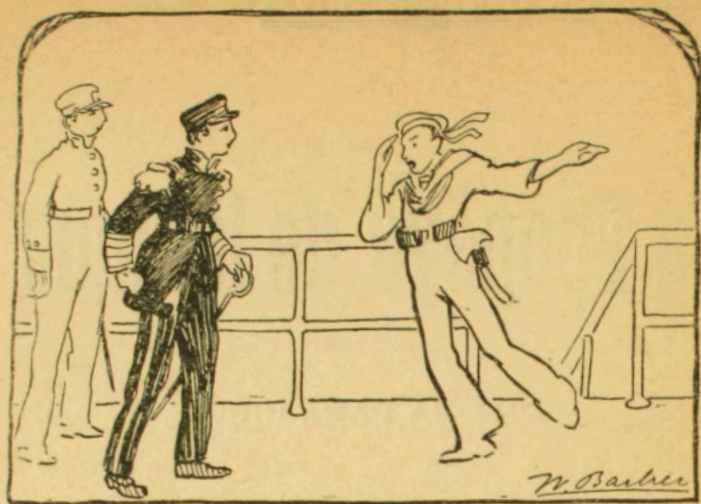
Eduardo Valenzuela Olivos

# La Epopeya de Iquique

COMEDIA PARA NIÑOS



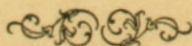
1918




### PERSONAJES:

ARTURO PRAT, Comandante  
LUIS URIBE, Teniente 1.º  
IGNACIO SERRANO, Teniente 2.º  
JUAN F. SANCHEZ, Teniente graduado  
ERNESTO RIQUELME, guardia marina  
VICENTE ZEGERS, guardia marina  
ARTURO FERNÁNDEZ VIAL, guardia marina  
ARTURO WILSON, guardia marina  
CABRERA GACITUA  
Ingeniero HYATT  
JUAN DE DIOS ALDEA, sargento  
Marineros.

La escena se desarrolla en la cubierta de la Esmeralda,  
el 21 de Mayo de 1879.





## OBSERVACIONES

Para facilitar la representación de esta obra, el autor cree que los niños no deben caracterizarse ni tratar de reproducir fielmente las fisonomías de los héroes. Bastará que los que interpreten papeles de oficiales usen blusa negra y pantalón blanco, y una gorra con visera. Los marineros: traje completo azul y gorra de marineros.

Para que el público pueda distinguir qué personajes actúan durante las escenas, pueden llevar los niños una cinta con el nombre del héroe respectivo, que puede ir colocada sobre un brazo o en la gorra.

Queda al entusiasmo y buen gusto de los educacionistas, procurar hacer ellos mismos con papei y bastidores de madera un decorado que represente aproximadamente la cubierta de un buque.

El ruido de los cañonazos puede simularse por medio de golpes secos de bombo; la fusilería por fulminantes, etc.

## ESCENA PRIMERA

URIBE Y FERNÁNDEZ VIAL

FERNÁN.—Buenos días, mi teniente.

URIBE.—Muy buenos. ¿Por qué tan grave la actitud? ¿Qué hay del torpedo?

FERNÁN.—Trabajamos, pero en balde.  
No encontramos elementos.

URIBE.—¿No hay a bordo?

FERNÁN. —Que han de hallarse...  
70 libras de pólvora,  
un tarro y algo de alambre,  
es cuanto hemos reunido  
con grandes dificultades.

URIBE.—¿Y en la botica?

FERNÁN.—Al doctor,  
consultó mi Comandante,  
pero desgraciadamente  
nada existe utilizable  
para fines explosivos.

URIBE.—No hay que desmayar por tales  
contratiempos.

FERNÁN.—Al contrario:  
ellos sirven de acicate.  
De Cabrera Gacitúa  
acabo de separarme.  
El tiene la parte eléctrica  
a su cargo y es muy hábil.  
El resto es de mi incumbencia.  
No hemos de cejar un ápice.

URIBE.—Gusta ver hombres así:  
empeñosos.

FERNÁN.—Nos distrae  
tal labor de lo aburrido  
de los presentes instantes:  
este bloqueo monótono  
de Iquique, y en una nave  
que es un cascarón de nuez,  
la *Esmeralda*.

URIBE.—Es indudable  
que este papel inactivo  
á ninguno le complace.  
El día 15 de Mayo  
salieron de aquí las naves  
chilenas, rumbo al Callao.

FERNÁN.—Pero el señor almirante  
Williams Rebolledo pudo

de nosotros acordarse,  
y destinarnos a ellas,  
que nuestro entusiasmo es grande,  
y queremos demostrar  
nuestro valor en combates  
frente a frente al enemigo,  
y no bloqueando ciudades.

URIBE.—La Ordenanza es inflexible.  
Es preciso resignarse.

FERNÁN.—Bueno, vuelvo a mi trabajo.

URIBE.—A ver si el torpedo sale.

FERNÁN.—Va a ser un tarro de lata,  
de una potencia admirable.

URIBE.—No te olvides que a las ocho  
hoy te toca relevarme,  
como oficial de servicio.

FERNÁN.—Volveré minutos antes.  
Hasta luego, mi teniente.

URIBE.—Hasta la vista, Fernández.  
(*Se va Fernández Vial.*)

---

## ESCENA SEGUNDA

URIBE, SOLO, PASEÁNDOSE LENTAMENTE

URIBE.—Tiene en quejarse razón  
mi amigo Fernández Vial.  
A nadie le place tal  
forzada y triste inacción.

Todo el que lleva una espada  
al cinto, pelear querría,  
y probar su valentía  
en lucha heroica, arriesgada.

Aspiración ilusoria  
que dentro del pecho late:  
encontrarse en un combate,  
y en él conquistar la gloria.

*(Se detiene en su paseo y se pone a observar atentamente.)*

¿Qué dice la Covadonga  
por medio de esas señales?

*(Interpretando lentamente.)*

«Dos hu... mos al Nor... te..  
*(Tratando de verlos,)* — Cuáles?

Preciso es que el hecho ponga  
de Prat en conocimiento.

Pero cualquiera adivina  
donde están.

Densa neblina  
los cubre por el momento.

*(Se va Uribe.)*

---

## ESCENA TERCERA

RIQUELME Y ZEGERS

ZEGERS.—Habla Uribe de unos humos,  
pero el hecho es que no veo  
dónde están.

RIQUEL.—Ni yo tampoco.  
Que fea mañana. El cielo  
cubierto de nubarrones.  
Parece un día de invierno.

ZEGERS.—Dime, Riquelme, y si fueran  
buques enemigos esos  
humos que están anunciando?

RIQUEL.—Me agradaría en extremo.  
Débiles son nuestros barcos.  
y nuestros cañones, viejos;  
pero nuestros corazones  
son grandes y fuertes, fiero  
nuestro empuje, nuestras almas  
inaccesibles al miedo.

Si son los buques peruanos,  
bienvenidos sean.

Luego  
verán de qué son capaces,  
cuando luchan, los chilenos.

ZEGERS.—¿Y si en el combate mueres?

RIQUEL.—Rendiré el postrer aliento,  
por mi patria y por mi amada:  
por la rubia de mis sueños.

ZEGERS.—¿Aquella que en Inglaterra  
conociste hace algún tiempo?

RIQUEL.—La misma. Dulce visión  
que asoma a mi pensamiento,  
intangible, vaporosa,  
como en éxtasis poético.

ZEGERS.—Atención. El Comandante.

RIQUEL.—Acudamos a su encuentro.

---



ESCENA CUARTA

ZEGERS, RIQUELME, PRAT, URIBE, FERNÁNDEZ VIAL

PRAT.—(*Entrando, seguido de Uribe y Fernández Vial.*)

—Buenos días, oficiales.

(*Los oficiales saludan militarmente*)

—Y esos humos?

ZEGERS. —Mar afuera  
há rato la «Covadonga»  
salió, pero ya regresa.

FERNÁN.—Iria a reconocerlos.

RIQUEL.—Ya se notan.

URIBE.— Sí; se acercan.

(*Suena un cañonazo de la Covadonga, con el cual advierte a la Esmeralda la presencia de los buques enemigos.*)

RIQUEL.—El cañonazo de aviso  
y señales de banderas  
nos advierten que se trata  
del *Huascar* e *Independencia*.

PRAT.—(*Serenamente.*) Dos blindados contra dos  
pobres barcos de madera.  
Ellos con artillería  
de grueso calibre, mientras  
que nuestros cañones son  
de pequeño alcance.

ZEGERS.—(*Aparte a Riquelme.*) A prueba  
se va a poner nuestro arrojo.

RIQUEL.—(*Aparte a Zegers.*) El Comandante algo piensa.

PRAT.— Haga usted formar la gente. teniente Uribe, en cubierta.

RIQUEL.— El momento es decisivo.

URIBE.— Voy al instante.  
(*Sale Uribe*)

PRAT. — Quisiera  
trasmitir algunas órdenes  
a Condell.

FERNAN. — Aquí hay banderas.  
Si Ud. quiere, yo me encargo.

PRAT.— Perfectamente. Son estas:  
*¿Almorzó la gente?*

FERNAN.—(*haciendo señales con las banderas*) Ya

PRAT.— *Reforzar las cargas.*

RIQUEL. — Buena  
precaución. Habrá combate.  
Pláceme sobremanera.

PRAT.— ¿Ha comprendido las frases?

FERNÁN.— Si, señor «*All right*» contesta.

ZEGERS.— Aquí viene el marinero  
de señales.

(*El marinero toma las banderas  
de semáfora.*)

PRAT. — Con presteza  
trasmite estas instrucciones;  
que me dicta la prudencia:

«Con la ciudad resguardarse.

«Seguir mis aguas.

(pequeña pausa)

Agrega:

«Con nuestro deber cumplamos».

FERNÁN.—El enemigo se apresta  
para el desigual combate.

(se siente un disparo de cañon)

RIQUEL.—Una bala de a trescientas,  
primer disparo del Huascar,  
viene a nosotros.

ZEGERS —Observa:  
ha caído entre la proa  
de la vecina goleta,  
y la popa de este buque.

RIQUEL.—(burlonamente) Puntería de primera.

---

## ESCENA QUINTA

DICHOS Y URIBE, seguido de los demás oficiales: SERRANO, SÁNCHEZ, WILSON, SARGENTO ALDEA y marineros. Todos van entrando y formándose a ambos lados del Capitán.

PRAT.— (A Uribe.) ¿Están todos?

URIBE. —Sí.

PRAT. — (Subiendo al puente de mando.)

«Muchachos:

*Es desigual la contienda.*

*Jamás ante el enemigo*

*se ha arriado nuestra bandera,  
y ocasión de hacer tal cosa  
espero que ésta no sea.*

*Mientras yo viva, orgullosa  
flameará la patria enseña.  
Si muero, mis oficiales,  
sabrán también defenderla  
y cumplir con su deber.*

*(Sacándose la gorra y batiéndola en el  
aire.)*

— *Viva Chile!..*

TODOS.— *(A una voz).* Viva... aaaa...

ZEGERS. *(Aparte a Riquelme.)* —Es bella  
su alocución.

RIQUEL. —Electriza.

PRAT.— Que el tricolor embellezca  
todos los patos del buque,  
como en un día de fiesta:  
en el pico de mesana,  
palo mayor. Ya flamea  
en el palo de trinquete.

URIBE.—Se hará como usted ordena,  
mi Capitán.

FRAT. —Cada uno  
a su puesto de pelea:  
Serrano dirigirá  
la batería que enfrenta  
el Huascar; Sánchez tendrá  
a su cargo la de tierra;  
En el castillo de proa,  
Uribe; y usted se trepa,

*(Dirigiéndose a Wilson.)*

como oficial de distancia,  
al palo mayor.

Las piezas  
deben tener abundantes  
municiones, y es tarea  
que a Fernández Vial incumbe.  
Que a degüello los cornetas  
toquen durante el combate,  
que ese toque al alma llega,  
y él probará a los peruanos  
nuestra viril resistencia.

SÁNCH.—Viva nuestro Comandante!...

PRAT.—Viva la Patria!...

SERRAN. —Por ella  
hasta morir peharemos,

RIQUEL.—A todos la lucha alegre.  
(*Se van todos a sus puestos.*)

---

## ESCENA SESTA

PRAT, (*solo sacando del bolsillo el retrato de su esposa e hijos*).

Adorada esposa mía:  
recibe en este momento  
en alas del pensamiento  
el adiós que mi alma envía.  
Preciso es que sacrifique  
por la patria, mis amores.

Debe irradiar resplandores  
este combate de Iquique.

Mis hijitos.... mi Carmela...  
en el instante postrer,  
emocionado mi ser  
hasta vuestro lado vuela,  
y antes de rendir la vida  
al mando de mis valientes,  
deposito en vuestras frentes  
un beso de despedida.

*(Besa los retratos y los guarda de nuevo  
en el bolsillo, sobre su corazón.)*

---

## ESCENA SÉPTIMA

PRAT Y RIQUELME

RIQUEL.—*(Aparte.)* Sereno está el comandan-  
[te.

Su sangre fría me asombra.

PRAT.—*(A Riquelme.)* Avise a los ingenieros  
que ejecuten la maniobra  
de acercar nuestra «Esmeralda»  
a la ribera.

Se logra  
de este modo que los tiros  
del «Huascar» si no nos tocan,  
vayan a herir a los suyos,  
en plena ciudad.

RIQUEL.—*(Aparte.)* Grandiosa  
me parece tal idea.

*(Da la orden y vuelve inmediatamente.)*

—Señor, a la «Covadonga»  
un cañonazo del «Huascar»

le ha roto el casco y se nota  
que ha muerto a tres.

PRAT. — Quiénes son?

RIQUEL.— Si no es infiel mi memoria,  
el cirujano Videla  
es una de las personas

PRAT.— Hace agua el buque?

RIQUEL. — Mucha agua.  
Trabajando está en las bombas  
toda la tripulación.

Es la «Independencia» ahora  
que la persigue tenaz;  
y se ven botes con tropas  
que descargan sus fusiles  
al pasar la «Covadonga».

Ya la altura de la isla  
pasó. Ya pone la proa  
rumbo al sur. Ya no se ve.  
Marcha apegada a la costa.

---

## ESCENA OCTAVA

### DICHOS Y ALDEA

ALDEA.— (*Entrando*) Mi comandante. Ya empiezan  
a hacer blanco en la «Esmeralda»  
los proyectiles de tierra.

Ha estallado una granada  
que ha muerto a tres y que ha herido  
a otros tantos.

PRAT. — Sin tardanza

dígame al Doctor Guzmán  
que la atención necesaria  
preste a los últimos.

ALDEA.—(*Saludando se retira*). Bien.

PRAT.—(*A Riquelme.*) A los ingenieros que hagan  
salir de su fondeadero  
nuestro buque

RIQUEL.—Es que las máquinas  
andan con dificultad.

PRAT.— Que se procure arreglarlas.

(*Se va Riquelme. Se siente el ruido de un  
cañonazo.*)

---

## ESCENA NOVENA

PRAT Y CABRERA GACITÚA

CABRE.—Un proyectil de a trescientas  
ha hecho blanco en la cámara  
de oficiales, donde ha abierto  
una enorme via<sup>a</sup> de agua,  
y ha producido un incendio  
que en este momento ataca,  
mi amigo Fernández Vial  
con las bombas.

PRAT.—(*Observando*). ¿No lo apagan  
todavía?

CABRE.—Aún nó, señor,  
porque la humareda es tanta  
que es difícil trabajar.



¿Qué le parece que se abra  
el cubichete, y así  
hacemos que el humo salga?

PRAT. — Pero se forma corriente  
y el incendio se propaga.

CABRE. — No había pensado en ello.  
Tiene Ud. razón sobrada.

PRAT. — Otra cosa: estoy notando  
que talvez, faltos de calma,  
los nuestros disparan mucho,  
pero con poca eficacia.  
Adviértales en mi nombre,  
que no derrochen las balas.  
*Tirar menos y apuntar  
mejor, debe ser su táctica.*

*(Se va Cabrera.)*

---

## ESCENA DECIMA

PRAT, ALDEA Y UN MARINERO

ALDEA. — El «Huascar» se viene encima  
de nosotros, vomitando  
humo negro sus cañones.  
Querrá espolonear el barco.

PRAT. — *(Sacando del bolsillo unos papeles y des-*  
*truyéndolos).*

Destruiré estos papeles  
de importancia, por si acaso.

ALDEA. (*Siempre mirando al «Huascar»*).  
Buitre parece que quiere  
de un aletazo, aplastarnos.

PRAT. —(*Dando orden a los Ingenieros*).  
Dar toda fuerza a las máquinas,  
que el «Huascar» viene.  
Esquivarlo  
si es posible, o por babor  
será el choque amortiguado.

(*Se siente un ruido formidable, disparos  
de cañones, ayes y gritos de moribun-  
dos*).

(*Voces interiores*).—Viva Chile y la Esmeralda...

ALDEA.—Tiran a boca de jarro  
con sus terribles cañones,  
y han muerto a cincuenta bravos,  
lo ménos. Es horroroso.

PRAT.—Sus puestos no abandonaron.  
Han muerto como valientes.

ALDEA.—Inmóvil a nuestro lado  
se ha quedado el «Huascar».

PRAT. —Sí.  
Podríamos abordarlo.  
A ver... ¿Dónde está el corneta  
para dar la orden de asalto?

ALDEA —Recien, no más, cayó herido.

PRAT. —No importa. Serán mis labios  
los que den la orden directa.

(*Afirmándose en la baranda de la toldilla, desnuda su espada y listo para saltar, grita a toda voz*).

—**Al abordaje, muchachos...**

(*Salta al buque enemigo. Su voz no es oída por el estruendo de la fusilería y de los cañones*).

ALDEA.—Yo sigo a mi comandante.

MARINE.—Yo también al «Huascar» salto.  
(*Saltan el marinero y Aldea, armados de fusiles*).

---

ESCENA ONCE

RIQUELME, WILSON Y SERRANO

WILSON.—(*A Riquelme*). El «Huascar» al recular, se ha llevado al comandante, que en actitud arrogante va el enemigo a buscar.

Yo sentí las inflecciones de su voz...

RIQUEL.—Que nadie oyó, pues el ruido la apagó del tronar de los cañones.

WILSON.—Su mirada ha dirigido hacia nosotros. Talvez nos hace un reproche, pues su ejemplo no hemos seguido.

RIQUEL.—Nadie se ve en la cubierta  
del enemigo blindado.

WILSON.—O todos han escapado,  
o su actitud desconcierta.

RIQUEL.—Cae herido mortalmente  
nuestro bravo comandante.

WILSON.—Sí, mana sangre abundante  
de una herida de la frente.

RIQUEL.—Aldea corre igual suerte.

WILSON.—Entran de la Gloria al templo.

SERRA.—Debemos seguir su ejemplo.

RIQUEL.—Juremos vengar su muerte.

---

### ESCENA DOCE

DICHOS, URIBE, FERNANDEZ VIAL, ZEGERS,  
SANCHEZ, HYATH, y demas tripulantes  
sobrevivientes.

URIBE.—(*Entrando, seguido de los demás oficiales.*)  
La muerte heroica de Prat  
sobre la nave enemiga,  
me obliga a asumir el mando  
de la Esmeralda.

Cumplida  
será su orden: no rendirse.  
Antes de abatir la insignia,  
preferiremos morir.

(*dirigiéndose al ingeniero*)

—Señor Hyatt: Se necesita alistar el buque para echarlo a pique.

HYATT.— Están listas las válvulas, comandante.

URIBE.—Entonces, mucha energía. Oficiales: a sus puestos. La Patria, orgullosa os mira.

*(Los oficiales saludan militarmente y salen. Quedan solos en escena Serrano y Zegers).*

---

## ESCENA TRECE

SERRANO Y ZEGERS

ZEGERS.—El Huascar querrá otra vez de seguro, espolonearnos.

SERRAN.—He preparado mi gente, para, si lo hace, abordarlo.  
Ah! caramba. Me olvidaba la espada, que la he dejado colgada en mi camarote.  
¿Quiere irla a buscar?

ZEGERS.—Acato gustosamente su orden.

SERRAN.—Présteme usted, entre tanto, la suya. No vaya a ser que venga el espolonazo antes de lo que imagino.

ZEGERS.—Bien, mi teniente Serrano.

*(Zegers se desciñe del cinto la espada y se la entrega a Serrano, hecho lo cual corre a cumplir la comisión que le ha encomendado su jefe.)*

*(Serrano se va también)*

---

### ESCENA CATORCE

URIBE, SOLO, luego FERNÁNDEZ VIAL, RIQUELME  
Y WILSON

URIBE.—*(Desde el puente de mando.)*

—Desigual es la lucha, y nadie piensa  
en abatir el tricolor amado.

Cómo flamea con orgullo al viento.

Cómo parece que dijera en lo alto;

«—Es la inmortalidad la que os espera,  
valientes marineros y soldados».

Las máquinas funcionan torpemente.

La muerte va segando a nuestros bra-

[vos;

y nuestro débil barco se estremece

a cada espolonazo,

del formidable acorazado «Huascar».

De nuevo embiste con furor insano  
contra nosotros.

Ingenieros: Listos.

El virar a estribor es necesario.

*(Se siente el ruido del segundo espolonazo. Disparos de cañones, ayes de heridos.)*

FERNÁN.—(*Entrando*).

—Trataré de amarrar a los dos buques por medio de estos cables. He pensado que así se facilita el abordaje de mi teniente.

(*Se va corriendo con los cables.*)

URIBE.—(*A Riquelme*) Ya saltó Serrano?

RIQUEL.—Sí, señor, y seguido de diez hombres.

El nuevo espolonazo  
ha abierto a la «Esmeralda» una ancha  
[brecha,  
por donde el agua pasa sin atajos.

Está la Santa Bárbara inundada.

Deben haberse ahogado  
cuantos en ella estaban.

URIBE. —¿Y las máquinas?

RIQUEL.—Inundadas también. He divisado  
subir los ingenieros  
para ponerse en salvo...

WILSON.—(*Entrando*)... Que una bala enemiga en  
[este instante  
lleva a la muerte, arrasando al paso  
con todos los heridos que en la cámara  
de oficiales habían...

---

## ESCENA QUINCE

### DICHOS Y ZEGERS

ZEGERS.—(*Entrando con la espada de Serrano en la mano.*)

—¿Y Serrano?  
Dónde está mi teniente?

RIQUEL. —Sobre el «Huascar».  
No lo ves en cubierta? Amartillado  
lleva un revolver en la mano, en la otra  
brilla la espada vengadora, rayo  
de luz que siguen sus valientes hombres.

WILSON. —Ya dirige sus pasos  
a la torre en que giran los cañones  
con firmes engranajes, vomitando  
sobre nosotros destrucción y muerte...

RIQUEL.—Talvez perseguirá inutilizarlos?

URIBE.—Cae también herido por las balas  
de tiradores invisibles,

WILSON. —Cuantos  
iban tras él, heridos se revuelcan.  
Otros, al mar se arrojan.

URIBE. —A esos bravos,  
que les arrojen cables y subirlos  
a nuestro buque.

(*Wilson sale a cumplir la orden.*)

—El «Huascar» ha cesado  
sus fuegos. Lo notais? No hace otra cosa  
que aumentar la agonía de este barco.  
Esa impresión me causa este silencio.  
Esperará talvez que nos rindamos,  
para echarnos a pique de otro golpe.  
Inútil esperanza. Siempre en alto  
el tricolor tremolará hasta hundirse  
en el tranquilo mar.

WILSON. —Siguen tocando  
nuestros bravos cornetas a degüello,  
que si uno muere, acude en reemplazo  
otro inmediatamente.



Humildes hijos  
de nuestro pueblo.

RIQUEL.— Quédanme unos sacos  
de pólvora a estribor. Haré con ellos  
el último disparo.  
(*Se va corriendo Riquelme*).

---

ESCENA DIECISEIS y FINAL

DICHOS, MENOS RIQUELME

(*Se siente un ruido espantoso, producido  
por el tercer espolonazo del Huascar, dis-  
paros de cañones y ayes de moribundos*).

URIBE.—Esta vez la Esmeralda no resiste.

CABRE.—Sumergiéndose va.

ZEGERS.—Penacho blanco  
de juguetonas olas se divisa  
sobre la proa del querido barco.

URIBE.—Cumplida está tu orden, Prat glorioso.  
Jamás rendido el tricolor amado;  
se hunde en las aguas, pero siempre al  
[tope.

(*Se siente un cañonazo*).  
...y lo saluda el último disparo  
del último cañón.

ZEGERS.—El de Riquelme.

URIBE.—Pueblan gritos de asombro los espacios:  
que así muere el chileno por su Patria,  
con altivo ademán, sereno y bravo.

(CAE EL TELÓN)

# LIBRERIA E IMPRENTA ARTES Y LETRAS

de N. AVARIA

Estado, 48 · Casilla 824 - Teléfono 554

---

Surtido completo en artículos de escritorio.

ÚTILES PARA INGENIEROS Y DIBUJANTES

IMPRESIONES RAPIDAS  
Y ELEGANTES

---

## Librería EL MERCURIO

J. RAMON GARIN W.

AHUMADA, N.º 328

---

Libros en blanco,

Cuadernos,

Útiles de escritorio,

Textos de enseñanza,

Novedades literarias

Obras científicas

— NOVELAS Y OBRAS DE TEATRO —